

MI SACERDOCIO Y UNA DESCONOCIDA

EL BARÓN WILHELM EMMANUEL KETTELER

(1811-1877)

Todos nosotros debemos lo que somos y nuestra vocación, a las oraciones y a los sacrificios ajenos. En el caso del conocido obispo Ketteler, un personaje excelente del episcopado alemán del ochocientos y una de las figuras de relieve entre los fundadores de la sociología católica, la bienhechora fue una religiosa conversa, la última y la más pobre religiosa de su convento.

En 1869 se encontraron juntos un obispo de una diócesis de Alemania y un huésped suyo, el obispo Ketteler de Münster. Durante la conversación, el obispo diocesano subrayaba las múltiples obras benéficas de su huésped. Pero el obispo Ketteler explicaba a su interlocutor: *“Todo lo que con la ayuda de Dios alcancé, se lo debo a la oración y al sacrificio de una persona que no conozco. Puedo decir solamente que alguien ofreció su vida a Dios en sacrificio por mí y a esto debo el hecho de ser sacerdote”*. Y continuó: *“En un primer momento no me sentía destinado al sacerdocio. Había realizado mis exámenes de habilitación a la abogacía y apuntaba a hacer carrera cuanto antes para obtener en el mundo un lugar importante y tener honores, consideración y dinero. Pero un acontecimiento extraordinario me lo impidió y dirigió mi vida en otra dirección.*

Una tarde, mientras me encontraba solo en mi habitación, me entregué a mis sueños ambiciosos y a los planes para el futuro. No sé qué me sucedió, si estaba despierto o dormido: ¿Lo que veía era la realidad o se trataba de un sueño? Una cosa sé: vi lo que fue luego la causa de la transformación de mi vida. Con neta claridad, Cristo estaba sobre mí en una nube de luz y me mostraba su Sagrado Corazón. Delante de Él se encontraba una religiosa arrodillada que levantaba las manos en posición de imploración. De la boca de Jesús escuché las siguientes palabras: ¡Ella reza incesantemente por ti!. Veía claramente la figura del orante, su fisonomía se imprimió tan fuertemente en mí que todavía hoy la tengo delante de mis ojos. Ella me parecía una simple conversa. Su vestido era pobre y ordinario, sus manos enrojecidas y callosas por el trabajo pesado. Cualquiera cosa haya sido, un sueño o no, para mí fue extraordinario porque quedé impresionado profundamente; desde aquel momento decidí consagrarme completamente a Dios en el servicio sacerdotal.

Me aparté en un monasterio para los ejercicios espirituales y hablé de todo esto con mi confesor. Inicé los estudios de teología a treinta años. Todo el resto usted ya lo conoce. Si ahora usted piensa que algo bueno ocurre a través mío, sepa de quien es el verdadero mérito: de aquella religiosa que rezó por mí, quizás sin conocerme. Estoy convencido que por mí alguien rezó y reza todavía en secreto, y que sin aquella oración no podría alcanzar la meta que Dios me ha destinado”. “¿Sabe quién es que reza por usted y dónde?”, preguntó el obispo diocesano. “No, puedo sólo cotidianamente pedir a Dios que la bendiga, si todavía vive, y que devuelva mil veces lo que hizo por mí”.